

## CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio  
Fecha: Lunes 5 de septiembre de 2016  
Página: 4B  
Año: 91  
Edición: 34.839  
Descriptor: **SARAGURO-FIESTAS, DANZANTES-SARAGURO.**

### El Danzante Colorado, un personaje de Saraguro



Llevan siete pañuelos con los que cubren cabeza, pecho, espalda. También llevan las alas, que en realidad es una especie de capa que cargan en la espalda. No faltan los cascabeles y bailan al ritmo del tambor y pijuano.

Santiago Ávila emigró de niño a Cuenca junto a sus padres. Ellos lo llevaron de Gañil cuando apenas tenía nueve años; ahora con los 21 sobre los hombros, sabe que por sus venas corre sangre de Saraguro. Aprendió de sus padres las costumbres, tradiciones, los saberes y esas cosas que desde los ancestros de su cultura se traspasan de una generación a otra.

“Ahorita estoy de danzante”, eso decía el hombre que fue el primer danzante en llegar a la fiesta de Santa Rosa de Lima. “Estos danzantes tienen mucha historia, unos dicen que vienen desde hace más de 300 años, pero yo no sé cuándo, sólo sé que son muy antiguos”, dice Santiago que, todos los años y a fines de agosto se va para Gañil a la fiesta de Santa Rosa de Lima.

Si bien Santiago no sabe cómo llegó esto de los danzantes a Gañil, pero sabe bailar con los pasos establecidos para eso. Lo aprendió de su papá. Es más, el traje que

Llevaba era el que años atrás perteneció a su padre y claro, se ajustaba a su cuerpo de tal forma que no hubo que hacer ajustes a las costuras del traje.

El Colorado Danzante El “Colorado Danzante”, así se denomina el atuendo en la cultura de los Saraguros. Algo se parece al danzante del norte del país, pero se estructura con el cacho, el machete, las alas. El cacho es la imagen de una res, son una especie de máscaras hechas por un miembro de la comunidad; y sí, es una máscara de cuero que se pone sobre la cabeza.

Son tan durables que se heredan, es decir los padres no solo dejan el saber ancestral sino los símbolos, los atuendos, los componentes de los personajes. La máscara que llevaba Santiago perteneció a su abuelo, él considera que debe tener más de cien años, y es deber de quien lo hereda conservarla y mantenerla, a lo mejor sea parte del legado que deje a los hijos también.

Sobre una camisa normal, el danzante usa siete pañuelos. Esa es la costumbre, por lo tanto no se pueden dejar a ninguno sin usar. Cada pañuelo tiene un color diferente. El pañuelo rojo con bolitas blancas, ese es de seda; del mismo color, pero con otros motivos es el pañuelo de la cabeza. Hay otro que se pone en el pecho y es de color verde con flores amarillas y rojas. Sobre éste está el espejo que cuelga del cuello.

Un cuarto pañuelo es rojo con azul, hay otro que es azul con verde, no falta el amarillo y el que se pone en el cuello que puede ser azul, rojo, verde; eso si todos los pañuelos tienen motivos de flores y se amarran sobre el delantal, que es una prenda parecida a un vestido.

A parte de esto los hombres llevan una prenda interna que se denomina justán, una especie de pantalón blanco que se ajusta a las pantorrillas, a la altura de donde se atarán los cascabeles, esos instrumentos sonoros metálicos que lleva todo danzante y son los que marcan el ritmo gracias a la percusión de unos caracoles metálicos.

Las alas no son alas, es como una capa multicolor hecha con fajas y cintas. Esa capa de “alas” coloradas que le dan la identidad al danzante. En el traje es lo que más sobresale. Son muchas cintas más de cincuenta quizá. Cuando el danzante se da la media vuelta, las cintas y fajas delgadas flamean con el viento.

Dos días para danzar Son dos días de danzar y danzar. El primer día, el 29 de agosto, a las cuatro de la mañana empieza el ritual. Hay que bailar a esa hora para hacer el recorrido por las casas de las muñidoras y así avanzar a la misa de las vísperas, que es una celebración esencial en honor a la patrona.

Los danzantes sólo pueden ser hombres y cuatro, no más. Dos bailan adelante y dos atrás, siempre al ritmo del pífano o pijuano y el tambor. La música está a cargo de un anciano, Juan María Macas se llama y es de los pocos abuelos que quedan en el pueblo.

Para no perder esa identidad de la dinastía Macas, el arte de entonar la melodía para el danzante lo pasó a su nieto Lauro Ávila de 25 años, quien vive en Cuenca, pero es un activista por mantener vivas las costumbres y tradiciones de su pueblo.

Estos danzantes no llevan chicote, llevan machete; los dos instrumentos se golpean entre sí, especialmente cuando se dan la vuelta. Los pazos de los danzantes son varios, hay el paso de la danza, el del uzhuco, también el paso del toro, la chirapa, la jerga, todos se hacen en cada participación.

Esos pasos se aprenden desde los abuelos, quienes bailaban y enseñaron a todos los hombres del pueblo. “Los bailes que hacemos son los que la comunidad permite”; eso dice Santiago, quien junto a Luis Rogelio, un joven de 15 años, que por primera vez se vistió de danzante para vivir una experiencia de fe en honor a Santa Rosa de Lima.

Para cumplir con el retoque implica ser danzante, el muchacho alquiló su traje. Luis, nació en Gañil y allí vivió los primeros años. Ahora se radicó y estudia en Cuenca en el colegio Manuel Córdova Galarza, aprovechó las vacaciones veraniegas para compartir las tradiciones de su pueblo. Salud y trabajo es lo que encomienda a la patrona. “Todavía falta bastante por bailar”, señala.

Los cascabeles resuenan y se fusionan, se sincronizan con el sonido del viento desde el pífano y el golpe del tambor. Estos sonidos se fusionan con el resonar del machete en vaina y la plancha de madera. Eso ya lo sabe Vicente de 17 años. Años atrás, el reto del joven fue fijarse en cómo lo hacían los mayores y, como el mismo lo dice “de ahí aprendimos”.

Cada paso es una forma de oración a la santa, es como un rezo para pedir a Dios y María por medio de Santa Rosa de Lima por la salud y trabajo, pues el joven es un obrero de la construcción que se desempeña en Cuenca.

La observación es una forma de aprendizaje de las tradiciones allá en Gañil. Basta con preguntarle a Rogelio de 16 años, para saber que lo de danzante colorado y sus pasos en el baile lo asimiló de lo que vio años atrás de los mayores, de su tío especialmente, quien le prestó el traje.

Rogelio sabe que el tío aprendió de quien fuera su padre, es decir el hoy muchacho es una de las generaciones más recientes que difunde y practica esta forma expresión cultural de Gañil. Al igual que los otros danzantes, Rogelio trabaja en Cuenca, y aceptó ser danzante porque le solicitaron para que cumpla este papel. Sus padres y el tío, quien le prestó el traje, estaban viéndolo bailar.

Son cuatro danzantes que a pazo lento no cesan de la danza. Al final ellos son los personajes infalibles de la fiesta, y mientras se preparan el “motemikuna” y la carrera de caballos, cumplirán con su deber de bailar y bailar.

Otras tradiciones de Saraguro Cuando la procesión termina, en el patio los danzantes siguen en su labor. Así se mantienen. Por momentos, el sonido del alto parlante y el viento y percusión se juntan. La gente admira a los personajes, y espera; porque luego de ese ritual viene el “mote mikuna”, que es una mesa común para compartir el alimento juntos.

“Después de la misa viene el “mote mikuna”. Las muñidoras, los danzantes y sacerdotes traen el mote que ponen en un mantel, lo acompañan con queso y se divide para todo el pueblo; es decir, todos comen, eso es una costumbre y todos estamos invitados. Son casi tres horas de compartir el pan juntos”, eso dice uno de los sacerdotes.

Y tal como lo reveló el anfitrión, a las 13:00 llegaron doce costales de mote pelado. Antes de poner el alimento en el gran mantel, los hombres pusieron a Santa Rosa de Lima en el centro y al rededor de ellas a las muñidoras.

Luego de eso, las mujeres tendieron manteles blancos, bien blancos. Colocaron las montañas de maíz y en medio de las cumbres blancas se asentaron los quesos, de 30 centímetros de diámetro. Era el alimento blanco. Blanco el mote pelado, blancos los quesos; y claro desde allí, las mismas mujeres tomaban los platos pequeños, lo llenaban de mote y al medio ponían un pedazo de queso.

Cientos de hombres y mujeres disfrutaron del pan, era como el pasaje bíblico de la multiplicación de los panes y peces para una muchedumbre que seguía al mesías, algo así era esa concentración d gente que se reunía y comía. Al final el pan era para todos. Y tal como en el pasaje bíblico sucede, varios canastos de mote y queso se recogieron. Todo era en honor a la patrona Santa Rosa de Lima. (BSG)-(Intercultural)